

Identidad y pertenencia en la nueva sociedad de la información y el conocimiento

Lic. Jairo Guadamuz Villalobos

Las primeras dos décadas del siglo XXI han presenciado el vertiginoso cambio en las estructuras sociales que ha sufrido la humanidad en su totalidad. Los procesos de comunicación, los espacios de ocio, y las labores ocupacionales ya no son iguales a las de finales del siglo XX, la sociedad ha estado cambiando, y aunque siempre se ha estado consciente de los cambios constantes de la misma, los últimos años han puesto en el escenario a una nueva protagonista, la tecnología, y con ella una aceleración en los cambios naturales de la sociedad.

Para comprender con más claridad qué es lo que sucede con la tecnología, y por qué es precursora de cambios relevantes en el mundo, es importante repasar el papel que históricamente ha tenido en los fenómenos sociales. Castells (1996), en su libro “La era de la información. Economía, sociedad y cultura”, realiza un detallado recorrido cronológico por las diferentes facetas históricas que la humanidad ha vivido de la mano de la tecnología. Sin embargo, antes de emprender este viaje sociológico, es necesario entender que la tecnología va más allá de la concepción digital que se tiene en la actualidad. Desde la primera estaca utilizada en cultivos, pasando por la rueda y la imprenta, hasta llegar a los sofisticados microprocesadores de hoy, sin importar sus básicas o complejas manifestaciones, la tecnología es todo aquello que el hombre aprovecha para mejorar su calidad de vida e incrementar su capacidad productiva

Julio Cabero (2001), afirma que la tecnología ha estado presente en toda la historia de la humanidad, y que ha vivido tres grandes revoluciones que la han catapultado hasta llegar a convertirse en la que nos rodea en la actualidad. Estas revoluciones son: la revolución agrícola, donde emergen técnicas de cultivo y herramientas básicas para la siembra y la cosecha; la revolución industrial, protagonizada por la imprenta, la máquina de vapor y los modelos de producción en serie; y la revolución de información, donde las redes y servicios emergen como aliados inseparables de los procesos de producción. Las tres revoluciones de Cabero son fundamentales para entender que las invenciones simples de nuestros antepasados eran también tecnología.

Tras comprender la constante presencia de la tecnología, es posible retomar el análisis de Castells respecto a los cambios sociales sufridos en la historia del hombre, según el autor “nuestras sociedades se estructuran cada vez más en torno a una oposición bipolar entre la red y el yo” (1996, p. 33) producto de la convivencia de lo social y lo tecnológico en la vida cotidiana, en la cual emerge un “lenguaje digital” que intenta representar “palabras, sonidos e imágenes de nuestra cultura”. Es decir, la tecnología ha logrado una penetración tan profunda que ha socavado el contacto con la sociedad y la imagen propia del individuo en la misma. El lenguaje cotidiano es un ejemplo claro, donde emergen nuevas expresiones como “red social”, se cambian las connotaciones de algunos verbos, como “compartir”, e

incluso se construyen nuevos infinitivos relacionados al uso de la tecnología en el diario vivir, como *whatsappear* o *stalkear*.

A primera vista estas pequeñas evidencias de los grandes cambios que la sociedad está sufriendo en la actualidad parecen ser fenómenos sin precedente alguno, pero lo cierto es que la tecnología y la sociedad siempre se han transformado paralelamente, y es importante anotar que no es posible afirmar que una transforma a la otra, pero sus cambios están tan intrínsecamente ligados que es poco probable ubicar cuál de ellas provoca el cambio de la otra.

No obstante, Castells logra identificar tres modelos que permiten entender con mayor facilidad estas transformaciones tecnológicas y sociales presentes una y otra vez en la historia del ser humano. El estatismo, el cual consiste en la intervención del estado en los procesos de desarrollo, el industrialismo que tiene sus bases en el crecimiento económico para desarrollar al productor, y el informacionalismo que tiene al desarrollo tecnológico como meta fundamental.

El primero de ellos, el estatismo, se presenta en diferentes etapas de la historia, en ocasiones con resultados más favorables que en otras. Está presente en la China imperial de los 1400, que a pesar de ser la civilización más avanzada a nivel tecnológico de la época decidió reducir su crecimiento debido al miedo de sus gobernantes por los cambios tecnológicos y el impacto significativo que estos podían traer al orden social de entonces, explicando el porqué siglos después Europa protagoniza la revolución industrial con inventos que China poseía cientos de años antes.

El estatismo también estuvo presente en la carrera tecnológica de la Unión Soviética, pero sus resultados tampoco fueron favorables, sin embargo, al mismo tiempo que el estatismo soviético, Japón adopta el modelo y desde su gobierno comienza todo un proceso de importación de conocimientos que lo llevaron a convertirse en un país altamente desarrollado en materia tecnológica. El industrialismo, por su parte, está presente en el desarrollo de occidente y explica de alguna manera la supervivencia del capitalismo sobre el socialismo de los años 60 y 70.

Finalmente, en la actualidad, el informacionalismo surge con fuerza en países como España, Brasil y Estados Unidos, lugares donde la milicia, la política, los procesos de producción y la economía sientan sus bases en el paradigma informacional, colocando a la información y sus procesos de generación de conocimiento como elementos claves en el desarrollo tecnológico y social. Sin embargo, este informacionalismo puede verse como un nuevo capitalismo reestructurado, presente de una u otra manera en todas las sociedades actuales, lo que Castells denomina “capitalismo informacional”.

Este informacionalismo trajo consigo una lectura diferente del individuo a la hora de verse a sí mismo en sociedad. Se replantea el imaginario colectivo respecto a la relación entre mujeres y hombres, se fracturan los movimientos sociales convirtiéndose en movimientos efímeros, monotemáticos y “localistas”. Los fundamentalismos religiosos se acogen en busca de la seguridad personal y los significados personales se basan en lo que se es o lo

que se cree ser. Es decir, la sociedad se individualiza, se olvida de aquel concepto que acuñaba Galeano como “la otredad” y, al no comunicarse con otros grupos sociales, los convierte en extraños o incluso en enemigos.

El aislamiento electrónico, manifestado en las reuniones presenciales alteradas por la dependencia a la pantalla; las redes sociales y la desinformación que ofrecen a sus usuarios; así como el abuso, en ocasiones inconsciente, del derecho a ser escuchado por la sociedad digital, y la segmentación de las comunidades en temas de interés, ideologías y religiones son ejemplos de la estrecha relación que el cambio tecnológico y el cambio social están protagonizando nuevamente en la humanidad.

El fanatismo, no solo religioso, la lapidación mediática y el espejismo del falso anonimato digital dejan en evidencia la dinámica social que está emergiendo con las nuevas tecnologías, ejemplificando nuevamente lo que Castells llama “oposición bipolar entre la red y el yo”. La penetración tecnológica ha sido tan invasiva que en ocasiones el individuo deja de percibir la delgada división entre la interacción digital y la interacción presencial. Parece ser que la disoluble diferencia entre la realidad real y la realidad virtual que Galeano hablaba en la primera década del siglo XXI está más presente que nunca.

Los ejemplos más contundentes sobre la convergencia entre las transformaciones sociales y tecnológicas son el caso de la China imperial, y el potencial que desaprovechó para adelantar y protagonizar la revolución industrial y la nueva Sociedad de la Información y Comunicación (SIC) caracterizada por el omnipresente informacionalismo actual y los nuevos comportamientos del individuo en sociedad que ha traído consigo. El contraste de ambos ejemplos permite comprender los fenómenos sociales actuales, y además permiten estar conscientes de la llegada constante de nuevos cambios sociales y tecnológicos debido al acelerado desarrollo que está alcanzando la humanidad y que promete cambios radicales en los paradigmas sociales. Citando nuevamente a Castells “debemos tomar en serio la tecnología” (1996, p. 34) y aprender a analizar su estrecha relación con la sociedad para así afrontar los nuevos retos con conocimiento amplio de sus causas y consciencia clara de sus efectos, en aras de manifestar reacciones productivas al fenómeno y así realizar aportes positivos en la evolución constante de la sociedad.

Referencias bibliográficas

- Cabero, J. (2001). *Tecnología educativa: diseño y utilización de medios en la enseñanza*. Barcelona, España : Ediciones Paidós Ibérica SA.
- Castells, M. (2001). *La era de la información*. En: Vol. 1 La sociedad red. Alianza Editorial. Madrid, España. 31-57